

El Eco de Cartagena

Decano de la Prensa de la Provincia

Suscripción - En la Península: Un mes, 1'50 ptas. - Tres meses, 4'50 id. - En el Extranjero: Tres meses, 10 id. - Número suelto, 0'10 cts. - La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes. - No se devuelven los originales.

Redacción y Administración, Mayor, 24

Condiciones. - El pago se hará siempre adelantado y en metálico, ó en letras de fácil cobro. - Corresponsales en París, Mr. A. Lorette, 14, rue Rougemont; Mr. Jhon F. Jones, 31 Faubourg Montmartre.

La correspondencia al Administrador

EL AVANCE

Ya se encuentran satisfechas las impaciencias de los que ansiaban el movimiento de avance y se entregan a los más desgraciados pesimismo ante la inactividad de nuestras tropas.

El avance ha comenzado en medio del más grande éxito, señalando los ojos de los españoles una nueva página de gloria en la historia de la Patria. No hemos sentido nunca desaliento, ni abrigado dudas respecto al resultado de las operaciones que se están desarrollando en el Norte Africano; conocemos de sobra el valor indomable, la energía heroica de esos valientes jefes, oficiales y soldados que luchan contra las salvajes hordas de tribus, y tenemos descontada por consecuencia la victoria.

Sensibles son desde luego las irreparables bajas que se producen entre las filas de nuestro ejército; infinito sentimiento nos produce ver extinguirse todas esas vidas llenas de juventud y lozanía, pero el soldado que abraza a la bandera de la patria es un héroe, es un mártir de su deber que se hace acreedor a la imperecedera admiración de los que le sobreviven.

Lloramos con lágrimas de amargura la pérdida de todos esos valientes y celebramos al propio tiempo con gritos de júbilo y entusiasmo sus brillantes éxitos.

Las operaciones de avance continúan con el mismo satisfactorio resultado que començamos; telegramas de nuestros corresponsales así nos lo aseguran y ellos nos dicen que muy en breve estarán sometidas y pacificadas por la imposición de nuestras armas todas aquellas tribus de rebeldes que se mostraron hostiles y enemigas de España.

La nación tiene contraída una sagrada deuda de gratitud con nuestro valiente ejército.

Entrevista con un enamorado

- Toda esta se mece de amor, todavía, por amor, se matan los hombres en las calles oscuras; todavía el amor pone una llama sibiliosa en ciertos ojos y hace que las princesas abandonen sus palacios, para huir, mundo adelante, con el elegido de su corazón.

Así que hubo dicho tales palabras, yo miré a aquel hombre como miraría a un árbol silvestre, donde, inopinadamente, acabase de aparecer un fruto delicado. ¿Por qué hablaba en tono tan extraño a su costumbre? ¿Por qué rompía, de repente, con la tradición sensata de su vida? ¿Por qué sus cabellos, ya un poco largos, parecían arremolinarse al soplo de un aliento poético?

Advertí que decía aquellas cosas inspiradas como si se adiestrase para una defensa. Luego, tras un suspiro, añadió:

- El Arcipreste se ha equivocado una vez más. El amor no es un sentimiento de lujo; el amor es una fuerte necesidad de la vida.

Admiré la cultura de aquel hombre, aplaudí su arrojo, que le llevaba a poner, frente a una sentencia del profundo Juan Ruiz, otra sentencia nacida en su propio espíritu, al calor del propio entusiasmo. Pero, como si pronunciadas estas frases se hubiese agotado toda la poesía que perfumaba el alma de aquel hombre, momentos después dijo:

- Da gusto leer los periódicos, llenos estos días con historias trágicas, ó con líricas historias de amor. El amor es una necesidad de la vida. Más tarde ó más temprano sentimos esta necesidad. Más tarde ó más temprano, le llega a cada cerdo su San Martín.

Desde el fondo de mi asombro brotó una pregunta anhelante:

- ¿Le ha legado a usted?

Clavó los ojos en la taza; revolvió con mano languida, el azúcar; levantó, haciéndome, la cabeza.

- No me ve afeitado estos días, con las botas siempre relucientes con los bigotes siempre enhiatos, con una corbata siempre distinta y siempre nueva?

Comprendí que aquel hombre estaba enamorado. Más ¿cuál sería la causa de su abatimiento? ¿Por qué mi amigo, enamorado y poderoso, no era feliz. ¿Qué mujer osaría contemplar impasible el brillo de su posición, el esplendor de su renta? Quise saberlo todo; le pregunté si ella no correspondía a su amor. La voz del hombre tembló llena de congojas.

- Para corresponder a un amor es preciso, ante todo, creer en él. Esa mujer no cree en él. Esa mujer no cree en mi amor.

- ¿Por qué?

Me miró. Sus labios carnosos temblaron; por su faz toda, corrió una sombra triste...

¡Porque soy un hombre gordo!

Yo callé, enternecido. Aquel sujeto podría aspirar a la gratitud de una mujer; a que una mujer le apeteciese para marido. Podría conseguir que se le juzgara caballeroso y bueno, capaz, por sus prendas morales, de hacer feliz a cualquier criatura. Pero aquel hombre, gordo, de espléndida papada, de amplio vientre, de espaldas robustas, no podría—era triste, pero era también verdadero—llegar nunca a la consideración de enamorado.

- Esa mujer—añadió—creera que me gusta; y si cree que le convengo, tal vez se case conmigo. Pero amor, un amor mutuo y fuerte, uno de esos amores que todo lo arrojan y de todo se levantan triunfantes, no puede de jamás existir entre nosotros. No puede, por una causa indestructible, en su sencillez; ¡porque soy un sujeto gordo!

Era tan triste el acento, que a poco más se me saltan las lágrimas.

- Esa mujer puede enamorarse, en cambio, de cualquiera, de aquel mismo rapaz, larguirucho y pálido, que toma caléjuto a la columna. Fíjese. ¡Ah! Daba la mitad de mi vida por ser pálido, por ser flaco, por ser casi una sombra, una ilusión.

Un hombre de melena vino a sentarse frente a nosotros. Preguntó a mi amigo si le convidaba a café; y mi amigo, entonces, tuvo un violento ataque de indignación.

- ¡No convito a nada! ¡Arsénico, solo arsénico daría yo a todos ustedes! ¡Ustedes, los poetas, son quienes me han hecho tan desgraciado! ¡Si algún día me suicido, que mi sangre caiga, toda, sobre las cabezas melnudas de la humanidad!

El poeta miraba lleno de susto, tan pronto a mi amigo, como a la puerta de la calle. Mi amigo, levantando los puños ciclópeos, añadió:

- Ustedes, en todo tiempo, fuera de la realidad, han tenido ojos cerrados para contemplar la realidad única de la vida. Conociendo la fuerza de la tradición y de la leyenda, han puesto a la leyenda y a la tradición, que son—la reconozco—obra de ustedes, en condiciones inmejorables para su propio interés. Han creado el tipo del enamorado a su imagen y semejanza. Y ante la conciencia del mundo, por la torpe obra de ustedes, todos los

enamorados son flacos y son pálidos. Y he aquí que los hombres gordos, cuando sentimos dentro de nosotros la fiebre del amor, hemos de vivir llenos de penas y de angustias, hasta que la fiebre se desvanezca, hasta que la fiebre misma nos lleve a colocar el cañón de un revólver sobre la sien y a acabar con todo...

El poeta languidecía bajo el peso formidable de aquellas acusaciones justas. Mi amigo, con una ira sorda, murmuró a poco:

- ¡Y aun se atreve usted a decirme que le convide!

Yo vió la cabeza en aun desprecio supremo del otro hombre. Luego, como un rocío pródigo, dejó caer sobre mí las palabras de una arenga. Nosotros, los periodistas, éramos personas más razonables que los poetas, más puestos en contacto con la realidad, más dentro de la vida. Entre nosotros había hombres obesos, hombres de papada vasta é invasora. El periodismo es, además, según aquel hombre estupendo, una gran fuerza en estos tiempos de hoy. Nosotros, los periodistas, debíamos inaugurar una campaña en defensa de los hombres gordos, en defensa y vindicación de los sentimientos que caben en el alma de un hombre gordo. Era obra de humanidad; era obra de justicia; quizá fuese obra de compasión.

No sé si algún día se hará esta campaña, que creo muy razonable y muy lógica. Yo no pretendo comenzarla. En el presente artículo, me he limitado a dar cuenta de las amarguras que gobiernan a un semejante nuestro, solo porque, sobre su osamenta, ha colocado, quien se encargue de esas cosas, una pródiga exuberancia de carnes.

de animales acuden para realizar pañado de su distinguida esposa, custador de navío don Julián Pellón.

En breve se celebrará el matrimonial enlace de la bella señorita Dolores Pérez con el joven don Julio Rodríguez.

Ha regresado de Valencia la bella señorita Leonor Panadero, hija del teniente de seguridad que presta servicios en esta ciudad.

También regresó ayer de Barcelona el inspector de vigilancia de esta ciudad don Celedonio Alviach.

EL CENTINELA

La noche tiende sus negras alas sobre el campamento; todo duerme! Una sombra se desliza en la oscuridad, y dirige sus miradas, primero lejos, muy lejos; luego más cerca, y por último en derredor suyo: es el centinela. Nada alarmante ni sospechoso distinguen sus ojos, acostumbrados a ver en la oscuridad; y su oído que el menor ruido sorprende, nada oye. Todos duermen; él vela. Bajo su vigilancia reposan miles y miles de hombres, y su vida es responsable de las de todos.

Ve a su lado a un compañero que descansa confiado en él, soñando tal vez que está en su casa, que abraza a su madre, y que esta oprimiendo su cabeza contra su pecho, estampa un ósculo sobre su frente abrasada por los rayos del sol. Y el centinela, le contempla y respeta su sueño; ¡quién sabe lo que le queda de vida! La fatiga le rinde; el sueño casi llega a vencerle; pero él no puede descansar: le va en ello la vida.

Mil y mil veces sus ojos se entornaron a pesar suyo, y otras tantas veces los abre presuroso, se los frota, y se esfuerza en sostener vigilantes sus ya fatigados párpados. También él piensa en su madre: ¿qué hará? Tal vez ella vele también, é hincada ante la imagen de la virgen que tiene en su modesto cuarto, la pida que conserve a su hijo. Tal vez no tenga pan!

Y ante tal recuerdo, dos lágrimas se deslizaron por sus bronceadas mejillas de aquel soldado, que olvidando la miseria que tras de sí dejaba, abandonó precioso su hogar, para dar su vida, y cien que tuviera, por el honor de su patria, de su querida España, donde está su mejor tesoro: su madre.

De pronto, a poca distancia de él, ve moverse el follaje, y percibe el

OTEMA

DE SOGIEDAD

Ha regresado de su viaje a Suiza nuestro querido amigo el diputado por esta ciudad y jefe del partido conservador de la circunscripción excelentísimo señor don José Maestre a quien enviamos un cariñoso saludo de bienvenida.

Se encuentra completamente mejorado de la dolencia que le ha retenido en cama unos días nuestro querido amigo el letrado don Juan Sánchez Domenech.

Lo celebramos de todas veras.

Ayer regresó de Murcia el presidente de la Diputación provincial nuestro querido amigo don José Lizana.

Se encuentra entre nosotros acom-

NOTAS ALEGRES

El Hidalgo de Tor

Actualidades

Es de ver, la animación que en las primeras horas de los miércoles reina en los alrededores de la Plaza de España.

Allí, según ya añeja costumbre, se celebra los días que siguen a los martes y anteceden a los jueves el mercado de aves y ganado, y los que están en condiciones de adquirir esta clase

124 *El Eco de Cartagena*

De pronto nos encajan toda esta vestimenta: El mochilón y el chopo, la bota y la fiambra,

La manta, el chupeguas, el capote y la tienda; no obstante las raciones, cartuchos de reserva,

La bolsa de socorro, el vino, ó la cerveza, el pan, la cantimplora, y todo á coscaletas.

¿Qué ha de ser de nosotros? ¿Al llegar á una brocha? ¿Quién trepa las escarpas... Ni quién sube una cuesta?

Si caemos reventados sin aliento siquiera, y apenas escuchamos, si toca la trompeta.

El ataque es inútil, ya contra la defensas,

Poetas Cartageneros 125

hoy mandan los cañones. Lo demás es panema,

Y no digamos nada del material de guerra, heliógrafos, anteojos, brújulas, bicicletas,

Brigadas sanitarias, los carros, las acémilas, cajas de municiones, la Cruz Roja, y la prensa.

Los puentes, los camellos, los hornos de galleta, y el parque de ingenieros, con palas y herramientas.

Las mulas, los cañones, la gente hojalatera, cronistas y agregados, al pan y á la cazuela.

Palomas, oficinas, globos y candilejas, el archivo, el bagaje, los planos, la estafeta,

Chalanes, bucaavidas, buhoneros, la ruleta,

128 *El Eco de Cartagena*

«basta la bayonetas», «esas para tu abuela»;

Cantaban los soldados, en lo alto de una leja. «Entonces... rompan alas» «Y sálvese el que pueda».

Cuando una voz escuchan, que les dice de cerca: «Tomad pronto el camino, volveos á vuestra tierra».

Que esta no es vuestra casa, marchaos con ligereza, y se fueron tocando La marcha fusilera.

Virgilio Gabanellas. 1906

1899.

Poetas Cartageneros 121

Y al mismo Bonaparte, le costó la pelleja, que vengan aquí ahora, con lanzas y con leznas.

«Marcharemos en cuadro» como lo hizo Turena, decía un veterano en ratonera lengua.

Lo malo que tenemos, son las impedimentas, porque con esta moda, de llevar tanto á cuestas,

Hacen falta seis días, para andar media legua, nos cargan como burros, creen que somos atletas.

¡Qué mochilas, señores!... «Si parecen matatas»... Debían llevarla sin raso, los ministros de Guerra,

Y así sabrían algunos, lo mucho que ellas pesan. Y todos estos trastos, y tantas cartucheras,

124 *El Eco de Cartagena*

128 *El Eco de Cartagena*

Poetas Cartageneros 121